

DE BUENAS LETRAS

Brigitte Bardot en su ochenta cumpleaños

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Arranca en corto desde lejos. No es de ahora su cuerpo a cuerpo, el medir su terreno, su distancia, la posibilidad de calibrar la dentellada. Arremete de frente, eso sí, con la brava fiereza del converso; con la ciega embestida de aquel iluminado que tiene fe en su cornamenta. Es delicioso contemplar que viene por derecho con un paso seguro, botinero, acompañado al tiempo y a la moda; consciente de que arrastra tras de sí los verdes campos de las verdes praderas, todo lo verde que esgrime su historial, que se verdea en los ojos verdosos que enamoraron dioses, escribas, fariseos...

Se ha puesto al frente, de frente y frente a la fiesta que llamamos nacional. No cabe en frente humana que matemos a los toros sin atontarlos antes, según dice la directiva europea de aquel 74 que ella esgrime y ondea como

la ansiada divisa verde-espera que un público impaciente quiere reconocer en la primera carrera, tras salir del chiquero, por si nos dan gato por liebre, astados sin pedigrí, huérfanos de estirpe o desecho de tiente y de demanda.

Su ancestral actuación estuvo más en la fiereza aterciopelada de los tigres, en la dulce sensación escurridiza del felino que en la homicida apariencia del Minotauro; más en los encajes y sus desgarraduras que en la noble rudeza del ataque violento.

Son sólo formas de convivir, de comportarse, de exigir a la Comisión Europea, con su queja, que cesen las muertes arbitrarias de los cornúpetas hispanos.

Es demasiado noble el animal, tiene tantas historias en sus genes, se acrisola con tanta precisión la España de su casta, que es imposible que no lo aturda la embestida, el juego

de la flámula, el abaniqueo que le roza el hocico las veces que el engaño lo engaña.

Los hay corniveletas, pero no casquivanos. Tienen recio el pitón, desde la vaca madre hasta el último instante en que oyen el sonajero de las ocho mulillas camino de la crónica o el embalsamamiento. Son duros de nacimiento, de nación y de noción; se espejean en los charcos y arremeten violentos contra el jinete que le planta cara, contra el banderillero que le juega de frente, contra ese niño pinturero, chulito y mandón que le hace pasar diez veces bajo el trapo ensangrentado sin mover los pies ni recomponer la compostura.

Y todo con música, con carreras, con astucia; con citas lejanas y arrancadas en corto; con la búsqueda de los terrenos y la pérdida de la fe; con inconsciencia; con todo el aturdimiento que produce el mareo, la angustia, la desesperación que imponen un carril de pases que lo llevan siempre a los terrenos de sombra, a los terrenos de sol, al centro del anillo.

Dice la tigresa, el sex symbol de mi juventud, que es obligado el atontamiento de todos los animales que vayan a ser abatidos. ¿Acaso es poco atontamiento, para el animal, salir de una serie de pases en redondo y acabar la vida, mientras lo esperan recibiendo?

Y qué maravillosa te ofrecías, lúdica y pulposa, mensajera del sexo, en «Y Dios creó a la mujer».